

Una excursión a Jaramillo Quemado

Siguiendo desde Burgos la carretera que conduce a Soria hasta el pueblo de Cascajares de la Sierra, donde se deja aquella para tomar hacia el Norte un mal camino de carros, que se corta a veces en senderos y arroyos, se llega dificultosamente a Jaramillo Quemado, distante de Cascajares como una legua.

Quizá, debido a las dificultades del camino, este pueblo es poco o nada conocido por los aficionados al arte, pese a estar situado en ameno valle de las estribaciones de la Demanda regado por dos ríos, San Martín y Jaramillo que le fecundan, ofreciendo a la vez un bello paisaje.

En su término aparecieron los dos torques de oro de tipo celta, que se guardan en el Museo de Burgos, y se encuentran también restos de una villa romana.

En un curioso opúsculo publicado en 1893, titulado «Descripción Histórica y Topográfica de los pueblos del Arciprestazgo de Lara», por el Presbítero D. Eusebio Camarero Rojo, cura párroco de Tinieblas, dice con referencia a Jaramillo Quemado lo siguiente:

«Jaramillo es nombre árabe, antiguamente llamado de los Caballeros, y sin duda por haber sido quemado algún día, lleva hoy ese nombre»; situado a once kilómetros de Lara, al Sudoeste. Su terreno produce cereales, buenas hortalizas; sus montes, abundantes pastos para ganado; se compone de 84 vecinos con jurisdicción ordinaria; tiene una hermosa parroquia dedicada a San Martín de Tours; su arquitectura pertenece al renacimiento mudéjar del siglo XV al XVI. Su distancia a Burgos, siete leguas y media.

Esta parroquia, como tantas otras de la comarca, fue construída en principio en el siglo XII y reconstruída al comienzo del XVI, y conserva de su primitiva estructura la torre, que es del mismo tipo de las cercanas de Jaramillo de la Fuente y Vizcaínos, con ligerísimas variantes, y consta de un cuerpo ciego de bastante altura, sobre la cual se elevan otras dos; el primero, con doble ventana de arcos baquetonados sobre columnas laterales y la central de mainel, y el segundo, también con ventanas gemelas, más pobres, cobijadas bajo arco sencillo. Tan esbelta torre bien merece

que se abran sus cegados huecos, a la par que se sujeten los muros de los cuerpos superiores, hoy con grietas que amenazan su estabilidad.

El retablo mayor es pieza muy estimable, del renacimiento español, y está compuesto de tres cuerpos; el primero, más corto, a modo de predella; los otros dos cuerpos, con huecos separados por columnas, frisos con cabezas de ángeles alados, rematando en un solo hueco central con un frontón apoyado en columnas y dos relieves laterales encima, forzado bajo la bóveda, un calvario.

Este retablo de escuela burgalesa, que parece ejecutado en el taller de Diego de Siloe, quizá haya sido reformado, dada la disposición no usual de la colocación de los relieves y las distintas manos que lo labraron, pues a la par de esculturas muy flojas, como las de San Pedro y San Pablo, hay otras de gran calidad artística, y como ejemplo destacaremos la escultura que representa a Santa Bárbara, tipo atribuido por su belleza a Diego de Siloe, donde la Santa tiene tras de sí el castillo y la flor de la virginidad, emblema único en esta imagen, según manifiesta el Sr. Marqués de Lede, tan docto conocedor de la iconología de Santa Bárbara.

La iconografía completa de este retablo se compone comenzando del lado de la Epístola, hacia el del Evangelio, de Santa Agueda, San Pablo, San Pedro y Santa Bárbara. En el segundo cuerpo, San Miguel, Santo Domingo, San Martín, San Miguel derribando al demonio, San Sebastián. El tercer cuerpo tiene San Bartolomé, San Jerónimo, La Asunción, un doctor de la Iglesia y San Cristóbal.

Sobre el centro de este cuerpo, bajo frontón, ya mencionado, apoyado en dos columnas, se halla la coronación de la Virgen; a los lados, dos baorelieves profanos, con dos sátiros, y como remate, el calvario.

Hay también en término de este pueblo, en lugar muy pintoresco, una ermita denominada de Valpeñoso, virgen de mucha devoción en la comarca, pero que carece de interés artístico, y también existe en esta ermita un valioso cáliz gótico del siglo XV, con escudo heráldico del donante.

Este delicioso rincón de Castilla, enclavado en el legendario Alfoz de Lara, rincón de quietud y belleza, bien merece que se le dote de medios, para que pueda ser visitado con facilidad.

JOSE LUIS MONTEVERDE.